



**JOSÉ S. ÁLVAREZ
(FRAY MOCHO)**

A LA HORA DEL TÉ

—¡No me digas, che!... Esos de ahora ya no son mozos... ¡Los muchachos parecen que nacieran viejos y de las muchachas no te digo nada!... Vos las ves reunidas y es un cotorreo y una charla y unas risas, que cres por lo menos está desfilando todo Buenos Aires ridículo por delante del grupo y te ponés a escuchar... ¡Hijita!... ¡Qué insulsez!... Todo ese barullo es para hablar de baratillos y de pichincho con las costureras o ponderaciones de lo tiradas que eran en París, según les contó fulanita, las puntillas que aquí cuestan un sentido... Parece que fueran dependientes de tienda... ¡Mirá, cuando nosotras!... ¿Te acordás?... El día era corto para nuestras cosas y nuestros tijereteos.... ¡Íbamos a perder el tiempo en discutir centavitos!... ¡cómo no!

—¿Qué me vas a decir, Felicianita, si esa es mi guerra todos los días? ¿Vos las ves a mis hijas que gastan un platal todos los días? Vos las ves a mis hijas que gastan un platal en monadas y en adornos y eso que no puedo acusarlas de que sean ahorradas... ¿Y para qué?... ¡Para irse a Palermo en el coche, como

estatuas! ¿Te cres que siquiera me dicen algo de la gente que ven?... ¡Pues no, che!... ¡No faltaba más! ¡Van como si estuviesen en misa, porque no hay importancia sin formalidá!

—Pero sino se usa hablar, che... a lo menos en castilla... ¿Parece que es muy ordinario, muy guarango!...

—Vez pasada me dijo a mí una amiga que acababa de venir de Europa y que me vio en Palermo con Federico, charlando a más y mejor, que en París, che, cuando se veía en un paseo una señora y un caballero que iban conversando y riéndose, ¡se podía asegurar que no eran casados!... ¡Figurate!

—¡A propósito de los que vienen de París, hijita, te voy a contar lo que me sucedió el otro día en lo de Mariquita, mi sobrina, que como sabrás, recién ha venido!... ¡Voy a visitarla y si vieras qué comedia!... Llego a la casa y lo primero con que me topo es un francés todo afeitado y vestido de fraque que no entendía ni jota; de balde le decía, desgañitándome: “Vaya, dígame que está su tía Felicianita...” ¡Nada!... Al fin busco en la cartera y le doy una tarjeta, pero en vez de darle una mía, con el apuro y la agitación, hijita, le doy una de Pepita Aguirre que tenía guardada y lo oigo que gritaba desde la puerta cancel a otro sirviente que estaba en el descanso de la escalera... ¡Madame Vassilicós!... ¡y oigo que el otro repetía la cosa y que el otro seguía!... Entonces, me subo ligerita para decirles a aquellos condenados mi equivocación y tomo para el lado del comedor, donde siempre acostumbraba recibirme Mariquita; pero me ataja el sirviente y me mete a la sala, que a las tres de la tarde estaba ya con luz encendida y las ventanas cerradas... ¿Crerás?... Tuve miedo del cú de charol, che, y estaba pensando en escaparme de algún modo, cuando se aparece Mariquita en una de las puertas, de gran cola y me hace una cortesía a uso de minué... ¡Claro!... Corrí a abrazarle diciéndole: “sí, soy yo, m’hijita”, pero ella con una sonrisa seria en que solo me mostraba el colmillo de un lado, me estiró la mano en silencio y con una frialdad que me heló, che, a pesar del calor... Nos sentamos y naturalmente le pregunté por su esposo, por González, que era, como sabrás, antes de sacarse la lotería que se sacó, uno de los escribientes del ministerio que nombró tatita... Apenas me dijo que estaba bien preguntandomé de paso por Mamerto... ¡Si vieras la cara que puso cuando le dije que todavía seguía con sus pobres pies y que lo atendía Federico, tu marido!... Y después de esto se estiró bien en el sofá y no me habló una palabra más...

—Así es la moda de ahora, Felicianita de mi alma... ¿Qué no ves los bailes que se usan?... ¿Acaso son como aquellos de nuestro tiempo en que las muchachas y los mozos podían bailar y conversar?... Ahora para bailar se necesita ser casi un ingeniero para estar contando los pasitos y golpecitos con el pie...

—Mirá, m’hijita, ¿sabés una cosa?... Yo no creo que en París la gente sea como esta que va y vuelve... ¿Qué querés? A mí me parece que éstos toman por franceses a los manequís de alguna tienda... ¡Mirá!... ¡En esto ha de estar sucediendo alguna gran barbaridá!...

La presente obra ha sido digitalizada por la voluntaria Alicia Irene Martínez

2009 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

